El hijo del carpintero

Meditación sobre Jn 17,1-5

Cuando Jesucristo, todavía en el Cenáculo, está a punto de dirigirse hacia el Huerto de los Olivos para comenzar su Pasión, nos dice el evangelista Juan que:

«Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado la Hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti…Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame Tú junto a Ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese».

En esta oración Jesús nos ha dejado su biografía. ¿Qué obra es esa de la que habla Jesús? Lo que su Padre Dios le ha encargado es trabajar. Hasta el bautismo del Jordán trabaja la madera; a partir del bautismo trabajará la palabra. El arte con el que trabaja la palabra nos revela la maestría que adquirió trabajando la madera. José fué su maestro. Esos largos años en el taller de Nazaret le han marcado de tal manera que Jesús será conocido indistintamente como el carpintero y el hijo del carpintero. Que el Hijo de Dios se haya hecho hombre para trabajar puede sonar extraño, pero no lo es. Dios encarga al hombre Jesús que trabaje, porque eso es lo que Dios ha encargado al hombre desde el origen.

La Sagrada Escritura se abre con el relato del trabajo de Dios. El trabajo de Dios es la creación. Cuando Dios dio por concluida su obra la pone en manos del hombre para que se cuide de ella y la desarrolle, hasta hacer de la creación una hogar para la familia humana: «Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase». Una vez que Dios ha puesto su obra en manos del hombre para que la lleve a perfección con su trabajo, dice la Escritura que: «Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien». Ahora, con el lenguaje tan sugerente del libro del Génesis, nos dice la Escritura que Dios puede descansar.

En el Designio de Dios, el trabajo es el sello de que el hombre es su imagen y puede continuar la obra de la Creación; es la

manifestación de la confianza que Dios ha puesto en él; y el medio para llevar adelante la responsabilidad de cuidar y desarrollar la obra de Dios.

Pero el hombre defrauda la esperanza de Dios. Eso es el pecado del origen. Y el hombre ve en el trabajo el medio para alcanzar el «seréis como dioses» que la serpiente le ha prometido. El trabajo pasa, en la medida del pecado, del campo de la obediencia de Dios al campo de la desobediencia. Desde entonces el trabajo es ambiguo, y las mismas técnicas y fatigas sirven para salvar vidas y para destruirlas; y es terreno donde el pecado despliega ampliamente su poder, convirtiéndolo en instrumento de destrucción y muerte. El campo que me parece más alarmante hoy es el de las armas nucleares. Hiroshima es como el último grito de la creación: si no reinsertáis el trabajo en el Designio de Dios, el futuro está sellado.

Con la elección de Israel, Dios empieza de nuevo. El salmo 118 expresa la esperanza que Yahveh ha puesto en su pueblo:

«Dichosos todos los que temen a Yahveh,
los que van por sus caminos.
Del trabajo de tus manos comerás,
¡dichoso tú, que todo te irá bien!»

En José, el esposo de María, el hombre justo, el carpintero, llega a plenitud el Israel que trabaja según Dios. Él será el elegido por Dios para introducir a su Hijo en el mundo del trabajo. Qué vocación tan noble; qué gran responsabilidad. José se siente indigno (ésta es la causa del temor de José), hasta que el ángel le tranquiliza: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados». Y Jesús, trabajando, se manifiesta como nuestro Salvador. El trabajo de Jesús, tanto con la madera como con la palabra, llevará el sello del taller de Nazaret, que también pondrá su sello en la fisonomía de Jesús: trabajador infatigable, recio, austero, servicial, desprendido, cuidadoso, observador, noble, etc. Es la grandeza de Israel y de José.

Qué gran misterio el del taller de Nazaret: es el misterio del trabajo del Hijo de Dios, que se hace hombre para poder obedecer a su Padre Dios y así darle gloria, para cuidar del hombre y de la creación con su actividad de carpintero, para dar inicio a la nueva creación.

Hay otra dimensión del misterio del taller de Nazaret, que hace referencia a la compasión de Dios. Del mismo modo que Dios, en la Pasión de Cristo, padece con el hombre y ya nadie padece solo, también Dios, en Jesús el carpintero, trabaja con el hombre. Ya nadie trabaja solo, ninguna fatiga se pierde, ningún sudor se derrama en vano. Todo trabajo que es continuación de la obra de Dios es trabajo que asocia al hombre con el taller de Nazaret. Así todo trabajo es valioso a los ojos de Dios. Lleva el sello del taller de Nazaret.

¿Para qué se ha encarnado el Hijo de Dios? Para trabajar y transformar el trabajo humano en gloria de Dios; para que el taller de Nazaret se dilate hasta contener todo el trabajo del hombre; para que todo trabajo honrado lleve el sello del taller de Nazaret y sea recibido por Dios como una ofrenda agradable, verdadera Eucaristía. José enseñó a Jesús a trabajar; nos enseñará a nosotros. Jesús creció como trabajador junto a José; también nosotros creceremos. La invitación que, en el origen, Dios había dirigido al hombre para que continuara su obra estaba todavía pendiente. Jesús vino a recogerla. Eso son los años de Nazaret.

La vida del cristiano consiste en preguntarse al final de cada jornada de trabajo: ¿He llevado a cabo la obra que mi Padre Dios me ha encomendado realizar hoy? Si la respuesta es "Sí”, ese trabajo ha llevado el sello del taller de Nazaret, ha sido santo y santificador, ha glorificado a Dios en la tierra, y ha sido un paso hacia la participación en la gloria que Jesús el carpintero tiene hoy junto a su Padre Dios.

Una última consideración. Cuándo cargaron a Jesús con la cruz estoy seguro que, en cuanto sujetó la madera, la identificó. Y esa madera le trajo con fuerza el recuerdo del taller de Nazaret. Y se acordaría de la primera vez que se había encontrado con ella, y cómo José le había enseñado sus secretos y el modo de trabajarla.

Y los recuerdos del taller de Nazaret se le harían especialmente vivos. Y la memoria de José, su padre en la tierra, le acompañaría en su Pasión. Y esos recuerdos le supondrían un gran consuelo en la Hora en la que todo el odio de la historia descargó sobre Él.

El motivo por el que Jesús fue ejecutado en la cruz es, según opinión unánime, el deseo de humillarle, de matar hasta su recuerdo (la damnatio memoriae del mundo romano), eligiendo el suplicio reservado para los esclavos. Esta opinión, que expresa el proyecto de los verdugos, me parece muy verdadera. Pero la crucifixión de Jesús responde al Designio de Dios, y aquí me parece que apunta otro motivo para la crucifixión: la madera. En la cruz sólo le quedan a Jesús la madera y la palabra ("las siete palabras"), justo los dos materiales con los que Jesús ha llevado a cabo la obra que el Padre le ha encomendado realizar. En esa Hora tremenda la madera, y por su medio toda la creación, está agradeciendo al Hijo de Dios sus años de carpintero y que, con ese trabajo, ha dado comienzo la obra de la nueva creación, liberando la primera creación de la esclavitud del pecado. San Pablo lo explica admirablemente en el capítulo 8 de la Carta a los Romanos.